

“YO, BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO”: ¿SOLDADO DE A PIE O IDIOTA SIN LETRAS?

Verónica Cortínez

University of California, Los Angeles

La *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo es uno de esos textos a los que la historiografía les ha hecho justicia tardía¹. Como se sabe, la *Historia verdadera* se editó en España casi medio siglo después de la muerte de Bernal (la primera edición data de Madrid, 1632, la segunda no tiene fecha)², y tuvo entonces sólo un impacto mínimo. La siguiente impresión de la obra se hizo en 1795, y no es sino hasta mediados del siglo diecinueve y principios del veinte que el texto alcanza difusión masiva y adquiere, finalmente, un público lector³.

¹ Finalmente, después de siglos de gran confusión editorial, el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo publicó, bajo la dirección de Carmelo Sáenz de Santa María, una edición crítica confiable de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982). Esta edición incluye en la primera columna el manuscrito “Remón” (reconstruido a través de la edición de 1632 y del manuscrito “Guatemala”), y en la segunda el manuscrito “Guatemala” en su integridad actual. También consta de otras secciones con todas las modificaciones y correcciones (tanto de Bernal como de don Francisco, su hijo) presentes en el manuscrito “Alegría” (“puesta en limpio” realizada por don Francisco que no llegó a editarse nunca). En la edición crítica de Sáenz de Santa María se moderniza la ortografía en la lectura restaurada de “Remón” y se respeta la grafía del “Guatemala”. Todas las citas textuales provienen de esta edición y me atengo siempre al ms. Remón. Con el propósito de facilitar la localización de las citas en otras ediciones, daré la referencia al número del capítulo y a la página correspondientes.

² Con respecto a las dos ediciones que se conservan del ms. Remón (diferentes en detalles tipográficos pero casi idénticas de contenido), los críticos no se han puesto de acuerdo sobre cuál fue la primera. Bartolomé Mitre y Sáenz de Santa María creen que la que no tiene fecha es anterior; Genaro García y Joaquín Ramírez Cabañas, en cambio, se inclinan a pensar que la de 1632 es la primera (Sáenz de Santa María, “Apartado segundo”, xxx).

³ En el “Prólogo” a la edición del ms. Guatemala, Eduardo Mayora lamenta: “Es realmente penoso que obras que pueden considerarse como sillares del edificio de nuestro pasado reciente, hayan permanecido en injusto y absurdo olvido durante tantos años, relegadas a la categoría de papeles inútiles, buenos a lo sumo para pasto de polillas o tentación de ladronzuelos de toda laya. Olvido que debiera pesarnos como afrenta, y que al rectificarlo la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, obliga la gratitud de todo ciudadano consciente” (iv).

Hoy en día, de la enorme cantidad de obras que tratan sobre el descubrimiento y la conquista de América, probablemente la *Historia verdadera* de Bernal Díaz sea una de las más leídas y estudiadas. Por motivos patrióticos, en México la *Historia verdadera* es lectura obligatoria, y en Guatemala el manuscrito del texto de Bernal se considera tesoro nacional. Sin embargo, su fama trasciende los intereses nacionalistas. Tanto las antologías como los estudios historiográficos acostumbran a referirse a Bernal; y la evidente proliferación de trabajos críticos sobre la *Historia verdadera* corrobora la creciente popularidad de la obra. Ramón Iglesia escribe:

Bernal Díaz del Castillo ha llegado a ocupar en nuestros días el puesto que Gómara llenó en el siglo XVI. Es el autor a quien acuden en primer lugar —cuando no exclusivamente— los especialistas y también los profanos que se interesan por la conquista de la Nueva España... Su autor es objeto de un verdadero culto, el libro se ha convertido en piedra de toque para contrastar a todos los autores que tratan de la conquista (“Introducción”: 127).

Tanto para los escritores y críticos como para los “curiosos lectores” de Hispanoamérica, la “Historia verdadera” ha adquirido, desde hace algunas décadas, la clara posición de clásico. Según Borges, “clásico no es un libro que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad” (773). Acaso pocas obras cuenten en el continente hispanoamericano con lectores tan leales y fervorosos como los de Bernal.

La revalorización de la *Historia verdadera* entraña, sin embargo, una paradoja. En el siglo diecinueve la autoridad de la obra radica, fundamentalmente, en su veracidad histórica. No sólo se la considera la versión más fiel de la conquista de México sino, también, la más detallada⁴. En el siglo veinte, por el contrario, el interés mayoritario de la *Historia verdadera* se desplaza, justamente, hacia la ambigüedad genérica y el carácter

⁴ Como se sabe, Edmundo O’Gorman fue uno de los primeros en criticar tal acercamiento: “La predominante actitud de los eruditos del siglo XIX, con respecto a nuestras fuentes históricas, consistente en un saqueo de datos y noticias aprovechables, dio por resultado la elaboración de un tipo de Historia que es ya absolutamente indispensable superar. Ningún método mejor para intentar el correctivo que se apetece, que el de emprender por cuenta propia, desprovistos de aquellas preocupaciones, la lectura por entero, atenta y reposada de esas mismas fuentes. Por otra parte, aquella actitud produjo, con relación a las fuentes mismas, una crítica erudita que puso todo el énfasis en la verdad objetiva y originalidad de los datos y noticias, únicos elementos considerados como valiosos” (168).

literario del texto⁵. La influencia de la literatura en la imaginación de los conquistadores es ya bien conocida, como indica Ángel Valbuena Briones:

Los españoles que van a América padecen de alucinación colectiva. Ven palacios donde hay casas de adobe, ejércitos donde se encuentran agrupaciones de indios, maravillosas hazañas, donde hubo escaramuzas. En las mentes de los capitanes están vivas y recordadas las lides de una literatura hazañosa. Éste se acuerda de Amadís de Gaula, aquél de Palmerín de Inglaterra. Ocurre que han descubierto un mundo nuevo y no saben cómo medirlo (102).

Uno de los pasajes ya consagrados en la obra de Bernal, también, refleja claramente esa visión matizada por la tradición literaria:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas ni vistas ni aun soñadas, como vimos (LXXXVII, 176)⁶.

Al destacar pasajes como éste, la crítica le atribuye más valor al carácter imaginativo de la obra que a la supuesta autenticidad de los hechos narrados.

⁵ Hay muchos estudiosos que aún se empeñan en creer todo lo que se describe en el texto de Bernal Díaz y que le niegan cualquier mérito imaginativo. Más representativo, sin embargo, son los siguientes postulados: “Si hubiese escrito Bernal un diario cuyas páginas recogieran día a día la impresión o noticia de las cosas que iban acaeciendo, desde la fecha en que se descubrió tierra de México hasta cuando se ganó la ciudad azteca, o hasta cuando regresó de las Hibueras, habría dejado un documento de primer orden al servicio de investigadores y eruditos, pero el libro se caería de las manos del lector. No, no es lo que escribió un hilván desteñido de noticias ordenadas cronológicamente” (Ramírez Cabañas, “Introducción”, XVIII); “Así surge otra historia de la conquista de Nueva España, no la verdadera, pero la más colorida. La *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España* es una de las crónicas más apasionantes que se hayan escrito en español” (Anderson Imbert, 17); “Conviene constatar aquí que la versión de Bernal es de igual modo una falsificación, pero lo que nos interesa no es lo que narra, sino cómo lo narra” (James Ray Green, 648).

⁶ Stephen Gilman examina el problema general de “how to tell the new with old words” (100), y establece no sólo las conexiones entre la *Historia verdadera* y los libros de caballería, sino que también la presencia de otras “literary reminiscences” (99-113). Green amplía el segundo tipo de influencia planteado por Gilman (645-651). Rolena Adorno, sin embargo, cuestiona este tópico crítico (1-25).

Sin embargo, la dificultad de clasificar la *Historia verdadera* con precisión le ha valido el ambiguo y problemático “lugar especial” que se le asigna con frecuencia: Walter Mignolo le concede un “lugar textual” en la historiografía de la conquista, debido a lo destacado de su “arte de contar” y al “‘encanto’ de su relato” (83). Curiosamente, sólo le dedica un paréntesis en su artículo. La gama de las denominaciones genéricas que se le atribuyen al texto de Bernal es amplia y contradictoria: “primera novela de caballería real de todos los tiempos”, “historia”, “épica tambaleante”, “epopeya”, “primera novela hispanoamericana”, “poema de romance”, “epopeya en prosa”, “autobiografía moderna” y “crónica”⁷. Roberto González Echevarría es aún más generoso en su descripción del texto, y lo llama una “mezcla” de “relaciones, memoriales, cartas, diarios, comentarios, rectificaciones a la historia, y claro, historias” (442). Todas estas ambigüedades destacan, de un modo u otro, su condición anómala. Ya en 1774 William Robertson le había adjudicado una posición especial al llamarlo: “One of the most singular that is to be found in any language” (486). Desde entonces, se ha seguido enfatizando esa singularidad: Bartolomé Mitre la declara “única en la literatura universal” (iii), Enrique Anderson Imbert la describe como: “una obra genial” (17), y Carmelo Sáenz de Santa María, al presentarla como el libro inaugural de las publicaciones que el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo dedica al quinto centenario, la llama “simbólico pórtico” (“Prólogo”, ix). ¿Pero en qué radica, precisamente, su gran originalidad?

La *Historia verdadera* rompe con muchas de las convenciones genéricas presentes en los demás textos de los cronistas indianos. Más aún, algunas de ellas son bastante obvias. Sin embargo, creo que el texto esconde una serie de significados que revelan profundas transgresiones. En este trabajo me propongo demostrar que la popularidad actual de la *Historia verdadera* no depende de la mitificación de su autor, sino, por el contrario, de cualidades propiamente textuales, intrínsecas al texto. Aunque son múltiples los rasgos que distinguen esta Historia de otras, aquí sólo me centro en la escisión de ese “Yo, Bernal Díaz del Castillo” con el que comienza la obra. La distancia temporal que separa al soldado “de a pie” del “idiota sin letras”, es decir, al héroe del narrador, crea una tensión constante entre propósitos contradictorios e irreconciliables. Según Stephen Gilman, la solución narrativa de Bernal consiste siempre en “a faithfulness to his own point of view” (103). Pienso, por el contrario, que el Bernal Díaz que escribe desde la vejez es incapaz de mantenerse fiel a

⁷ Las referencias son, respectivamente, de Carpentier (44); Pereyra (19); Fuentes; Vanzolini (47-55); Fuentes; Rubluo (179); Valbuena Briones (102); Alvar (130); Anderson Imbert (17).

la perspectiva del joven soldado, por heroico que éste haya sido. Desde su presente narrativo, Bernal se entromete en la historia que cuenta para hacernos partícipes de una problemática ajena a la conquista: cómo recuperar íntegramente el pasado y, sobre todo, cómo plasmarlo en palabras. No me refiero aquí a la consabida dificultad —compartida por todos los cronistas indianos— de describir una realidad nueva. Más bien, Bernal se enfrenta al desafío de todo escritor, sin importar qué realidad intente representar. Así, más que una historia de la conquista propiamente dicha, ésta es la historia de la creación de un autor, la historia de la desavenencia entre ambos Bernales.

En el único prólogo que se conserva de puño y letra de Bernal, un prólogo casi desconocido⁸, se crea la siguiente expectativa: “En la cual historia hallarán cosas muy notables y dignas de saber” (3). Más aún Bernal termina el prólogo con esta petición: “Pido por merced a los señores impresores, que no quiten, ni añadan más letras de las que aquí van” (3). Es decir, le hace creer al lector que los hechos que narra en su *Historia* son tan notables y dignos que no deberían alterarse. Como se sabe, son muchos los pasajes en que Bernal enumera y alaba las acciones heroicas que realizó en el pasado. En múltiples ocasiones asume incluso la voz y la defensa colectiva del soldado raso, del “conquistador verdadero”:

Y sepan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos que esto vemos escrito, que le debieron de granjear al Gómara con dádivas porque lo escribiese desta manera, porque en todas las batallas y reencuentros éramos los que sosteníamos a Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este cronista que le requeríamos (CXXIX, 295).

Sin embargo, a medida que leemos el texto, nos sorprende, con frecuencia, la selección de hechos que Bernal lleva a cabo. Basta una lectura superficial para darnos cuenta de que, desde el punto de vista de un relato puramente épico, no todo lo que narra es memorable. Abundan las descripciones de detalles triviales que no son ni notables ni dignos: “Luego nos bajamos las gradas abajo, y como eran ciento y catorce, e algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas o humores, les dolieron los muslos de bajar” (XCII, 194). Bernal, claro está, también se da cuenta de que no cumple con su promesa inicial. Sin embargo, insiste una y otra vez en recordar nimiedades, en “traerlas a la memoria” como

⁸ El prólogo que se reproduce generalmente es el del ms. Guatemala (aunque aparece tachado), escrito por don Francisco para la versión que preparaba para su posible publicación en España. El otro prólogo que existe, también escrito por don Francisco, es el que encabeza el ms. Alegría (Sáenz de Santa María, “Tercera sección”, 7).

él dice, y la narración continúa sin que se altere este nuevo propósito. Al detenerse en ciertos detalles insignificantes, Bernal presiente incluso la reacción del lector: “Bien tengo entendido que algunos se reirán desto; pues digo que es así” (XCII, 190).

A primera vista, parecería que la abundancia de detalles contribuyera a dar crédito a lo que se narra. Cuesta dudar de quien recuerda tal cantidad de datos mínimos, por insignificantes que parezcan. Como se sabe, algunos de los capítulos finales consisten en largas enumeraciones de “batallas y encuentros” (CCXII, 658-662), o en listas de “fuertes soldados” y “capitanes valerosos”, sin olvidar a los caballos (CCV, 625-640; CCVI, 640-644). Insatisfecho con una de estas simples enumeraciones, Bernal agrega: “Y más digo, que, como ahora los tengo en la mente y sentido y memoria, que supiera pintar y esculpir sus cuerpos y figuras y talles y meneos, y rostros y facciones” (CCVI, 644).

Ya es un lugar común de la crítica el destacar la memoria excepcional de Bernal Díaz del Castillo, y esto se refleja con claridad en la siguiente afirmación de Iglesia: “La *Verdadera Historia* fue creciendo desmesuradamente porque Bernal no era capaz de seleccionar entre sus recuerdos, y puesto a relatar la conquista tuvo que decirlo todo” (“Introducción”: 138)⁹.

Obviamente, Bernal no lo dijo todo. Lo interesante no es conjeturar si Bernal, en realidad, era o no capaz de seleccionar los recuerdos, sino constatar cómo el proceso mismo de selección nos distancia de la historia de la conquista e introduce contradicciones que confunden nuestras expectativas:

Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y más cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y a los lectores les parecerá prolijidad recitarlas tantas veces: ya he dicho que no puede ser menos, porque en noventa y tres días siempre batallábamos a la continua; mas desde aquí en adelante, si lo pudiese excusar, no lo traería tanto a la memoria en esta relación (CLIII, 399).

Entonces, a pesar de lo que propone inicialmente, Bernal no sólo narra los hechos guerreros notables sino también aquellos que le parecen, por

⁹ Esta idea se repite, con frecuencia, en los estudios sobre Bernal Díaz: “Una memoria privilegiada y una inteligencia excepcional en su pleno vigor” (Genaro García, XLIV); “Lo dice todo en una catarata de recuerdos menudos. Bernal no selecciona, no adorna, no organiza, no disimula” (Anderson Imbert, 18); “Uno de sus recursos principales fue una memoria prodigiosa, y tuvo conciencia de ello” (José Luis Martínez, 7); “Pero Díaz tenía una feliz memoria y en cuanto se puso a escribir veía claramente los episodios vividos... Díaz estaba en el lindero de la vejez. Sin embargo, no le falló la memoria. Él nos dice constantemente qué bien recuerda” (Valbuena Briones, 91-92).

un motivo u otro, necesarios o interesantes. Pero, por otro lado, tampoco es ésta la única estrategia narrativa que se aparta de lo prometido. Cuando Bernal se cansa, por así decirlo, de sus propios recuerdos, sencillamente abandona la descripción y deja el final en silencio: "¿Para qué gasto ya tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza? Porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas" (XCII, 190).

Sorprende que el mismo Bernal socave, finalmente, esta autoridad textual lograda con tanto esfuerzo: "Si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que traíamos entre manos, que era en lo militar y lo que mi capitán me mandaba, y no en hacer relaciones" (XCII, 194). Este abrupto cambio de perspectiva interrumpe, con frecuencia, la representación de la historia. En ese intento de recuperar el pasado y en la constante alusión a la dificultad de hacerlo, el relato de Bernal se distingue de la mayoría de las crónicas de la conquista.

Carlos Pereyra hace un juicio categórico con respecto al género de la *Historia verdadera*: "Es el libro de historia por excelencia; el único libro de historia que merece vivir; la historia en su sentido etimológico: el testimonio de los hechos" (19). Lo exagerado de tal afirmación no parece invalidarla. La idea de que el texto de Bernal es valioso por "verdadero" se ha seguido repitiendo desde entonces, y ya se ha convertido en otro lugar común de la crítica. Luis Rublo, por ejemplo, afirma: "Y qué hizo Díaz del Castillo, sino más que la relación de cuanto él dice que le consta, de sucedidos verdaderos, precisos, que vivió junto a los conquistadores, sin utilizar más galas que el hilo a las veces desordenado de su propia narración" (181).

Podemos preguntarnos, sin embargo, si afirmaciones de este tipo nos permiten distinguir el texto de Bernal de otras crónicas de la conquista. Víctor Frankl demuestra que el criterio de verdad que se refleja en "lo visto y lo vivido" es propio ya de la historiografía griega. Para Tucídides, por ejemplo, sólo el conocimiento directo de los hechos es garantía irrefutable de la verdad. Más aún, este criterio de verdad reaparece con frecuencia en las crónicas del descubrimiento de América. En este sentido, Bernal se adscribe a un tópico del Renacimiento:

Digo y afirmo que lo que en este libro se contiene es muy verdadero, que como testigo de vista me hallé en todas las batallas y reencuentros de guerra; y no son cuentos viejos, ni Historias de Romanos de más de setecientos años, porque a manera de decir, ayer pasó lo que verán en mi historia, y cómo y cuándo, y de qué manera ("Prólogo" 3).

Entonces, el aludir a la propia presencia física en los hechos descritos no

basta para convertir el texto en un documento fiable ni para justificar la "calidad excepcional" de la *Historia verdadera*. Sin embargo, su propósito de ser fiel a lo que vio en ese pasado lejano no es sólo un método historiográfico para asegurar la verdad. Es, por el contrario, indicio de un empeño más profundo: el intento constante de eliminar ese transcurso del tiempo que lo lleva a falsificar su historia. Bernal presiente que necesita desandar lo andado para recuperar ese pasado inasible: "Y quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda por la mar, descubriendo los bajos cuando siente que los hay, así haré yo en caminar, a la verdad de lo que pasó" (xviii, 35). Y es justamente este proceso de "caminar con la pluma en la mano", de ser escritor, el que justifica, en el presente, su vida: "Gracias a Dios y a su bendita madre nuestra señora, que me escapó de no ser sacrificado a los ídolos, e me libró de otros muchos peligros y trances, para que haga ahora esta memoria" (ccvi, 644).

Según Frankl, la "fama" es otro de los criterios de verdad historiográfica que opera en los cronistas indianos (228). De una manera u otra, las crónicas del descubrimiento y la conquista propician la vanagloria del "yo" que escribe. El mismo López de Gómara reconoce lo justificado de que los conquistadores atribuyeran a los lugares descubiertos su propio nombre, con el fin de perpetuarlo (Iglesia, *Cronistas* 100). Bernal, por cierto, no es una excepción en este sentido:

Y si no basta lo bien que ya he dicho y propuesto de nuestras conquistas, quiero decir que miren las personas sabias y leídas esta mi relación desde el principio hasta el cabo, y verán que en ningunas escrituras en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado, como nosotros los verdaderos conquistadores, para nuestro rey y señor, y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta dellos, y el más antiguo de todos; y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el más antiguo (ccx, 651-652).

Además, Bernal confiesa: "Y a esta causa lo escribo para que quede memoria de mí" (ccxii, 660). Sin embargo, Bernal intuye, de alguna manera, la imposibilidad de hacerlo. Así, proyectar en la escritura el concepto de la fama se convierte, en la *Historia verdadera*, en un problema propiamente narrativo: la insuficiencia de recursos que permitan la autodescripción total. Al escribir el prólogo, una vez terminada su historia, Bernal nos sorprende con la siguiente aclaración: "Tengo que acabar de escribir ciertas cosas que faltan, que aún no se han acabado" (3). El escritor sabe que a pesar de sus intentos, se le han quedado, por así decirlo, cosas en el tintero.

De aquí la constante apelación de Bernal al lector: no quiere cansarlo ni confundirlo y se esfuerza por mantener su atención. Pero, sobre todo, lo involucra en el problema narrativo: “Miren los curiosos lectores esto que escribo, si había bien que ponderar en ello” (LXXXVIII, 177). Esta cita resume, para mí, la esencia del libro, pues refleja la actitud de Bernal ante su escritura; su necesidad de entrometerse en la historia que narra para entender, y justificar, las múltiples contradicciones narrativas. Gran parte del interés específico de este “memorial” radica, precisamente, en la tensión que existe entre estos diferentes propósitos narrativos. Lo verdaderamente “notable y digno” de la *Historia verdadera* es la incapacidad del narrador de mantenerse fiel a una sola perspectiva. A pesar suyo, Bernal Díaz comprueba que es necesario ajustar la realidad vivida a las exigencias de la escritura.

Mario Rodríguez Fernández resume de este modo la actitud general que él percibe en los lectores de hoy frente a “los oscuros cronistas de Indias”: “En rigor, nos sentimos totalmente desvinculados de ellos, y no por el tiempo transcurrido, sino porque su mundo nada tiene que ver con el nuestro” (17). Sin embargo, la revalorización de estos “oscuros” textos, desde hace ya algunas décadas, cuestionan la validez de tal aseveración. Más aún, la indiscutible popularidad actual de la *Historia verdadera* tanto para críticos y escritores como para el lector medio de Hispanoamérica, confirman que el “mundo de Bernal” sí tiene mucho que ver con el nuestro. Como dice Octavio Paz: “Toda historia, cuando es algo más que acumulación de fechas, es invención; quiero decir: no es un mero sacar a luz el pasado sino que es también un insertarlo dentro de una realidad en marcha” (214). Si aceptamos las implicaciones de este postulado, podemos entender, creo que con mayor precisión, la excepcionalidad de la *Historia verdadera*. El constante intento de Bernal por capturar un tiempo irremediamente pasado, y la nostalgia, desde la vejez, por esa juventud heroica, nos vincula con una problemática de todos los tiempos. Así lo afirma Morelli en un capítulo nada prescindible de *Rayuela*: “¿Qué es en el fondo esa historia de encontrar un reino milenario, un edén, un otro mundo? Todo lo que se escribe en estos tiempos y que vale la pena leer está orientado hacia la nostalgia” (432). Más aún, la intuición última de Bernal Díaz de la imposibilidad de recrearlo todo a través de la escritura, es, y ha sido siempre, uno de los dilemas propios de la creación artística. No pretendo conjeturar aquí las posibles razones que justifiquen el desinterés inicial por su obra en la España del siglo XVII. Sin más alternativa que juzgarla desde una lectura contemporánea, pienso que el atractivo de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* radica en la indiscutible modernidad de su arte de narrar.

OBRAS CITADAS

- ADORNO, ROLENA. "Literary Production and Supression: Reading and Writing about Amerindians in Colonial Spanish America". *Dispositio* 11-28-29 (1985), 1-25.
- ALVAR, MANUEL. "Bernal Díaz del Castillo". *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*. Ed. Luis Íñigo Madrigal. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982, 127-134.
- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. *Estudios sobre escritores de América*. Buenos Aires, Editorial Raigal, 1954.
- BORGES, JORGE LUIS. "Sobre los clásicos". *Obras completas*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, 772-773.
- CARPENTIER, ALEJO. "Papel social del novelista". *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*. México, Siglo Veintiuno Editores, 1981, 33-50.
- CORTÁZAR, JULIO. *Rayuela*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1975.
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. crítica de Carmelo Sáenz de Santa María. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982.
- . *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. Genaro García. Única edición hecha según el código autógrafo. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1904.
- . *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. Joaquín Ramírez Cabañas. México, Editorial Porrúa, 1983.
- . *Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala*. De la Sociedad de Geografía e Historia dirigida por el Licenciado J. Antonio Villacorta C. Prólogo de Eduardo Mayora. Biblioteca "Goathemala", vols. X-XI. Guatemala, Centroamérica, noviembre 1933-enero 1934.
- FRANKL, VÍCTOR. *El "Antijovio" de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de Realidad y Verdad en la época de la contrarreforma y el manierismo*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1963.
- FUENTES, CARLOS. "History and Fiction in Spanish America". *Literature and Arts*. C-41, The Core Program, Harvard University, otoño de 1984.
- GILMAN, STEPHEN. "Bernal Díaz del Castillo en *Amadís de Gaula*". *Homenaje a Dámaso Alonso*. Madrid, Editorial Gredos, 1961, 99-113.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, ROBERTO. "Colón, Carpentier y los orígenes de la ficción latinoamericana". *La Torre* 7 (julio-septiembre 1988), 439-452.
- GREEN, JAMES RAY. "La retórica y la crónica de Indias: El caso de Bernal Díaz del Castillo". *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Madrid, Ediciones Istmo, 1986, 645-651.
- IGLESIA, RAMÓN. *Cronistas e historiadores de la conquista de México*. México, Editorial del Colegio de México, 1942.
- . "Introducción al estudio de Bernal Díaz del Castillo y de su *Verdadera Historia*". *Filosofía y Letras* 1 (1941), 127-140.
- MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS. "Una muestra de la elaboración de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo". *Revista de la Universidad de México* 36.7 (1981), 5-8.
- MIGNOLO, WALTER. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*. Ed. Luis Íñigo Madrigal. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982, 57-116.
- MITRE, BARTOLOMÉ. "El libro de Bernal Díaz del Castillo". *Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala*, vol. XI. Guatemala, Centroamérica, 1934, III-X.
- O'GORMAN, EDMUNDO. *Cuatro historiadores de Indias*. México, Sep Setentas, 1972.

- PAZ, OCTAVIO. "Cuauhtémoc". *Peras del olmo*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1982, 214-219.
- PEREYRA, CARLOS. "Bernal Díaz del Castillo y su obra". *La conquista de México*. México, Editora Nacional, 1967.
- ROBERTSON, WILLIAM. *The History of the Discovery and Settlement of America*. New York, Harper, 1832.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, MARIO. "Bernal Díaz del Castillo y su concepto de verdad y realidad". *Anales de la Universidad de Chile* 137 (1966), 17-34.
- RUBLUO, LUIS. "Estética de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo". *Cuadernos Americanos* 166 (1969), 179-200.
- SÁENZ DE SANTA MARÍA, CARMELO. *Introducción crítica a la "Historia verdadera" de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1967.
- VALBUENA BRIONES, ÁNGEL. "Épica e historia". *Archivum* 8 (1958), 83-110.
- VANZOLINI, ÁNGEL. *La obra de Bernal Díaz del Castillo: Aproximación a la epopeya*. Bahía Blanca, Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, 1983.

ABSTRACT

Este artículo expone que la originalidad de la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España radica en la escisión del "Yo" narrativo. La distancia temporal que separa al héroe del narrador crea una tensión entre propósitos irreconciliables. En este sentido, es ésta la historia de la desaveniencia entre ambos Bernales.

This article shows that the originality of the Historia verdadera de la conquista de la Nueva España lies in the schism of the narrative "I". The temporal distance wich separates the hero from the narrator creates a tension between irreconcilable purposes. In this sense, this is the story of the discord between the two Bernales.